

PARA
LA HISTORIA
DOS CARTAS



EDITORIAL EL DIARIO
===== *JULIO 30 1943* =====
SANTIAGO, REPUBLICA DOMINICANA





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

PARA LA HISTORIA DOS CARTAS



EDITORIAL EL DIARIO
===== *JULIO 30 1943* =====
SANTIAGO, REPUBLICA DOMINICANA



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La Habana, 14 de junio de 1943.

Mis queridos Emilio Rodríguez Demorizi,
Héctor Incháustegui y Ramón Marrero Aristry:

Ustedes se van mañana, creo, y antes de que vuelvan al país quiero escribirles unas líneas que acaso sean las últimas que produzca sobre el caso dominicano como dominicano. No digo que algún día no vuelva al tema, pero lo haré ya a tanta distancia mental y psicológica de mi patria nativa como pudiera hacerlo un señor de Alaska.

En primer lugar, gracias por la breve compañía con que me han regalado hoy; la agradezco como hombre preocupado por el comercio de las ideas, jamás porque ella me haya producido esa indescriptible emoción que se siente cuando en la voz, en el tono, en las palabras de un amigo que ha dejado de verse por mucho tiempo se advierten los recuerdos de un sitio en que uno fué feliz. Acaso para mi dicha, nunca fuí feliz en la República Dominicana, ni como ser humano ni como escritor ni como ciudadano; en cambio sufrí enormemente en todas esas condiciones.

Hoy también he sufrido... Pues de mi reunión con Uds. he sacado una conclusión dolorosa, y es ésta: la tragedia de mi país ha calado mucho más allá de donde era posible concebir. La dictadura ha llegado a conformar una base ideológica que ya parece natural en el aire dominicano y que costará enormemente vencer, si es que puede vencerse alguna vez. No me refiero a hechos concretos relacionados con determinada persona; no hablo de que los dominicanos se sientan más o menos identificados con Truji-



llo, que defiendan o ataquen su régimen, que mantengan tal o cual idea sobre el suceso limitado de la situación política actual en Santo Domingo; no, mis amigos queridos: hablo de una transformación de la mentalidad nacional que es en realidad incompatible con aquellos principios de convivencia humana en los cuales los hombres y los pueblos han creído con firme fe durante las épocas mejores del mundo, por los que los guías del género humano han padecido y muerto, han sufrido y se han sacrificado. Me refiero a la actitud mental y moral de Uds. —y por tanto de la mejor parte de mi pueblo— frente a un caso que a todos nos toca: el haitiano.

Antes de seguir desearía recordar a Uds. que hay una obra mía, diseminada por todo nuestro ámbito, que ha sido escrita, forjada al solo estímulo de mi amor por el pueblo dominicano. Me refiero a mis cuentos. Ni el deseo de ganar dinero ni el de obtener con ellos un renombre que me permitiera ganar algún día una posición política o económica ni propósito bastardo alguno dió origen a esos cuentos. Uds. son escritores y saben que cuando uno empieza a escribir, cuando lo hace como nosotros, sincera, lealmente, no lleva otro fin que el de expresar una inquietud interior angustiada y agobiadora. Así, ahí está mi obra para defenderme si alguien dice actualmente o en el porvenir que soy un mal dominicano. Hablo, pues, con derecho a reclamar que se me oiga como al menos malo de los hijos de mi tierra.

Los he oído a Uds. expresarse, especialmente a Emilio y a Marrero, casi con odio hacia los haitianos, y me he preguntado cómo es posible amar al propio pueblo y despreciar al ajeno, cómo es posible querer a los hijos de uno al tiempo que se odia a los hijos del vecino, así, sólo porque son hijos de otro. Creo que Uds. no han meditado sobre el derecho de un ser humano, sea haitiano o chino, a vivir con aquel mínimo de bienestar indispensable para que la vida no sea una carga insoportable; que Uds. consideran a los haitianos punto menos que animales, porque a los cerdos, a las vacas, a los perros no les negarían Uds. el derecho a vivir..



Pero creo también —y espero no equivocarme— que Uds. sufren una confusión, que Uds. han dejado que el juicio les haya sido desviado por aquellos que en Haití y en la República Dominicana utilizan a ambos pueblos para sus ventajas personales. Porque eso es lo que ocurre, amigos míos. Si me permiten he de explicárselo:

El pueblo dominicano y el pueblo haitiano han vivido desde el Descubrimiento hasta hoy —o desde que se formaron hasta la fecha— igualmente sometidos en términos generales. Para el caso no importa que Santo Domingo tenga una masa menos pobre y menos ignorante. No hay diferencia fundamental entre el estado de miseria e ignorancia de un haitiano y el de un dominicano, si ambos se miden, no por lo que han adquirido en bienes y conocimientos, sino por lo que les falta adquirir todavía para llamarse con justo título, seres humanos satisfechos y orgullosos de serlos. El pueblo haitiano es un poco más pobre, y debido a esa circunstancia, luchando con el hambre que es algo más serio de lo que puede imaginarse quien no la haya padecido en sí, en sus hijos y en sus antepasados, procura burlar la vigilancia dominicana y cruza la frontera; si el caso fuera al revés, sería el dominicano el que emigraría ilegalmente a Haití. El haitiano es, pues, más digno de compasión que el dominicano; en orden de su miseria merece más que luchemos por él, que tratemos de sacarlo de su condición de bestia. Ninguno de Uds. sería capaz de pegar con el pie a quien llegara a sus puertas en busca de abrigo o de pan; y si no lo hacen como hombres, no pueden hacerlo como ciudadanos.

Ahora bien, así como el estado de ambos pueblos se relaciona, porque los dos padecen, así también se relacionan aquellos que en Santo Domingo igual que en Haití explotan al pueblo, acumulan millones, privan a los demás del derecho de hablar para que no denuncien sus tropelías, del derecho de asociarse políticamente, para que no combatan sus privilegios, del derecho de ser dignos para que no echen por el suelo sus monumentos de indignidad. No hay diferencia fundamental entre los do-



minicanos y los haitianos de la masa; no hay diferencia fundamental entre los dominicanos y los haitianos de la clase dominante.

Pero así como en los hombres del pueblo en ambos países hay un interés común —el de lograr sus libertades para tener acceso al bienestar que todo hijo de mujer merece y necesita—, en las clases dominantes de Haití y Santo Domingo hay choques de intereses, porque ambas quieren para sí la mayor riqueza. Los pueblos están igualmente sometidos; las clases dominantes son competidoras. Trujillo y todo lo que él representa como minoría explotadora desean la riqueza de la isla para sí; Lescot y todo lo que él representa como minoría explotadora, también. Entonces, uno y otro —unos y otros, mejor dicho— utilizan a sus pueblos respectivos para que les sirvan de tropa de choque; esta tropa que batalla para que el vencedor acreciente su poder. Engañan ambos a los pueblos con el espejismo de un nacionalismo intransigente que no es amor a la propia tierra sino odio a la extraña, y sobre todo, apetencia del poder total. Y si los más puros y los mejores entre aquellos que por ser intelectuales, personas que han aprendido a distinguir la verdad en el fango de la mentira se dejan embaucar y acaban enamorándose de esa mentira, acabaremos olvidando que el deber de los más altos por más cultos no es ponerse al servicio consciente o inconsciente de una minoría explotadora, rapaz y sin escrúpulos, sino al servicio del hombre del pueblo, sea haitiano, boliviano o dominicano.

Cuando los diplomáticos haitianos hacen aquí o allá una labor que Uds. estiman perjudicial para la República Dominicana, saben lo que están haciendo ellos, aunque crean de buena fe que están procediendo como patriotas? Pues están simplemente sirviendo a los intereses de esa minoría que ahora está presidida por Lescot como ayer lo estaba por Vincent. Y cuando los intelectuales dominicanos escriben —como lo ha hecho Marrero, de total motu propio según él dijo olvidando que no hay ya lugar para el libre albedrío en el mundo— artículos contrarios a Haití, están sirviendo inconscientemente —pero sirviendo— a los que



explotan al pueblo dominicano y lo tratan como enemigo militarmente conquistado.

No, amigos míos... Salgan de su ofuscación. Nuestro deber como dominicanos que formamos parte de la humanidad es defender al pueblo haitiano de sus explotadores, con igual ardor que al pueblo dominicano de los suyos. No hay que confundir a Trujillo con la República Dominicana ni a Lescot con Haití. Uds. mismos lo afirman cuando dicen que Lescot subió al poder ayudado por Trujillo y ahora lo combate. También Trujillo llevó al poder a Lescot y ahora lo ataca. Es que ambos tienen intereses opuestos, como opuestos son los de cada uno a los de sus pueblos respectivos y a los del género humano.

Nuestro deber es, ahora, luchar por la libertad de nuestro pueblo y luchar por la libertad del pueblo haitiano. Cuando de aquél y de este lado de la frontera, los hombres tengan casa, libros, medicinas, ropa, alimentos en abundancia; cuando seamos todos, haitianos y dominicanos, ricos y cultos y sanos, no habrá pugnas entre los hijos de Duarte y los de Toussaint, porque ni éstos irán a buscar, acosados por el hambre tierras dominicanas en que cosechar un mísero plátano necesario a su sustento, ni aquellos tendrán que volver los ojos a un país de origen idioma y cultura diferentes, a menos que lo hagan con ánimos de aumentar sus conocimientos de la tierra y los hombres que la viven.

Ese sentimiento de indignación viril que los anima ahora con respecto a Haití, volvámoslo contra el que esclaviza y explota a los dominicanos, contra el que, con la presión de su poder casi total cambia los sentimientos de todos los dominicanos, los mejores sentimientos nuestros, forzándonos a abandonar el don de la amistad, el de la discreción, el de la correcta valoración de todo lo que alienta en el mundo. Y después, convoquemos en son de hermanos a los haitianos y ayudémosles a ser ellos libres también de sus explotadores, a que, lo mismo que nosotros, puedan levantar una patria próspera, culta, feliz, en la que sus mejores virtudes, sus mejores tradiciones florezcan con la misma espontaneidad que todos deseamos para las nuestras.



Hay que saber distinguir quién es el verdadero enemigo y no olvidar que el derecho a vivir es universal para individuos y pueblos. Yo sé que Uds. saben esto, que Uds., como yo, aspiran a una patria mejor, a una patria que pueda codearse con las más avanzadas del globo. Y no la lograremos por otro camino que por el del respeto a todos los derechos, que si están hoy violados en Santo Domingo no deben ofuscarnos hasta llevarnos a desear que sean violados por nosotros en lugares distintos.

Yo creo en Uds. Por eso he sufrido. Creo en Uds. hasta el hecho de no dolerme que Marrero mostrara a Emilio el papelito que le escribí con ánimo de beneficiarlo y sin ánimo de molestar — por acción ni por omisión a Emilio. En todos creo, a todos los quiero y en su claro juicio tengo fe. Por eso me han hecho sufrir esta tarde.

Pero el porvenir ha de vernos un día abrazados, en medio de un mundo libre de opresores y de prejuicios, un mundo en que quepan los haitianos y los dominicanos, yy en el que todos los que tenemos el deber de ser mejores estaremos luchando juntos contra la miseria y la ignorancia de todos los hombres de la tierra.

Mándenme como hermano y ténganme por tal.

Juan Bosch.



Ciudad Trujillo,
República Dominicana.
Julio 12, 1943.

Señor Don
Juan Bosch,
La Habana, Cuba.

Querido Juan:

Por un impulso de nuestra dominicanidad frente a la incomprensión cierta o simulada de la realidad dominicana, correspondemos a tu carta recibida en La Habana, de fecha 14 de junio, acerca de la dominicanización de las regiones fronterizas, tema que discutimos allí en presencia del ilustre historiador y economista cubano Dr. Ramiro Guerra.

Tu declaración de que esas líneas tuyas “acaso sean las últimas que produzcas, sobre el caso dominicano como dominicano”; aun que no niegas que “algún día” vuelvas al tema, pero “ya a tanta distancia mental y psicológica de la patria nativa como pudiera hacerlo un señor de Alaska”; y tu declaración verbal de que sólo esperas el cumplimiento de ciertos requisitos legales para renunciar a tu nacionalidad, — caso insólito, porque es la primera vez que un dominicano, tras breve ausencia, desdeña a su Patria, — nos redimirían de tratar contigo este problema de carácter esencialmente patriótico, por lo dramáticamente ligado a nuestra vida, y de raíz netamente americana, por su profunda hispanidad.



Sin embargo, deseosos de que la realidad no sea desvirtuada ni aún por quienes no posean el más leve sentimiento dominicano, queremos dejar constancia de nuestras observaciones a tu carta.

Estamos completamente de acuerdo tú y nosotros en que la mentalidad y los sentimientos dominicanos frente al caso haitiano han sufrido transformación sustancial. Tú consideras ese cambio incompatible con determinados principios de convivencia humana que no son sino el fundamento ideológico y político de la teoría nazista del *espacio vital*. Nosotros miramos la transformación operada como el resultado del nacimiento en nuestro país de una conciencia política, económica y social suficientemente apta para encarar el problema de la convivencia de los dos pueblos en la misma isla sin permitir que seamos los dominicanos los destinados a sucumbir como resultado de esa comunidad.

El Gobierno haitiano y tú y todos los dominicanos que como tú se han dado a la tarea de defender posiciones netamente haitianas, caso insólito en nuestra historia, si se exceptúa el de Manuel Jimenes, están perfectamente bien penetrados de que ni el Gobierno ni el pueblo dominicanos pueden alentar miras de conquista ni de penetración imperialista respecto de Haití por la muy simple razón de que los resultados de semejante política serían absurdos social y económicamente considerados. Nosotros no podemos incurrir en la ingenuidad de tratar de obtener por la fuerza lo que no aceptaríamos ni aún en el caso de que espontánea y pacíficamente se nos ofreciera: la fusión con Haití.

Si tú te despojaras de los odios y las pasiones que quieres encubrir con el manto de un apostolado de última hora y te dedicaras a estudiar con detenimiento el proceso de las últimas negociaciones domínico-haitianas podrías percatarte de un hecho básico en dichas negociaciones: la disposición dominicana a transijir con necesidades y urgencia de nuestros vecinos que antes no habíamos querido reconocer. Tu obsecación no te permite ver que los dominicanos renunciamos a las tradicionales aspiraciones de *Aranjuez*, con las cuales pretendimos por mucho más de



sesenta años reivindicar extensas porciones del territorio actual de Haití. Renunciamos a nuestra tesis tradicional solamente por no mantener actitudes incompatibles con la convivencia de ambos pueblos en la isla. Si no te cegaran tus rencores y si tú no estuvieras tan comprometido con los intereses vitales de una nación extraña, podrías ver que en 1935-36 el Presidente Trujillo por instrumentos internacionales que todos conocemos, se avino a resolver por la limpia vía del entendimiento pacífico y jurídico las numerosas dificultades que surgieron en la demarcación fronteriza solo para poner de relieve su decidido espíritu de conciliación y su deseo de dar término a un proceso de demarcación que durante casi un siglo conturbó la convivencia de ambos pueblos en la isla.

Tú y tus compañeros saben todo eso y sin embargo lo callan, porque así conviene a los intereses extranjeros que ustedes sirven con tanta devoción y denuedo. Pero eso no es todo, tú sabes, además y también lo callas por conveniencia, que después de aquellos arreglos en los que con tanto altruísmo se condujo el Gobierno dominicano, los intereses haitianos que tu defiendes, prevalidos del espíritu de concordia que hasta entonces había mantenido nuestro Gobierno, se desbordaron sistemática y organizadamente sobre lo que ya era territorio dominicano definitivamente limitado y trataron por todos los medios humanos de sembrar nuevamente la confusión y el desorden en las regiones fronterizas con el solo fin de abrir el proceso de un nuevo litigio que a la postre tendría que resolverse con una nueva amputación de nuestro territorio. Fué entonces cuando surgieron los incidentes de 1937, los cuales, según declaración y reconocimiento oficiales del propio gobierno de Lescot, nuestro mayor enemigo, desde Dessalines, se debieron única y exclusivamente a la injustificada, abusiva y desconcertante intrusión de los haitianos en territorio dominicano. Tú conoces esa situación igual que nosotros porque entonces te encontrabas en tu país comiendo el pan que te tendía la mano de Trujillo, pero prefieres dedicarte en el extranjero a sembrar de falacias y de sombras el camino de crucifixión que



durante más de tres siglos hemos recorrido los dominicanos para llegar a donde hoy nos encontramos, con el sólo propósito de desvirtuar la finalidad y la naturaleza de una labor que por sí sola hace mendaz é inútil el apostolado de que ahora te ufanas, olvidando la ardorosa campaña de prensa que en 1937 hiciste para poner en su verdadero punto el sentido de aquellos acontecimientos.

El Gobierno haitiano y tú se sorprenden y se duelen de que al fin los dominicanos hayamos transformado nuestra ideología frente a Haití. Nosotros no encontramos nada más explicable. A los haitianos no podrá cuadrarles nunca que se les hayan cerrado las puertas del Este, porque ahí está su esperanza de espacio vital. Sin embargo nuestra actitud no difiere en nada de la que han adoptado otros países del continente, Cuba, por ejemplo, que en su última Constitución acaba de prohibir por siempre la entrada de inmigrantes capaces de “envilecer las condiciones del trabajo” y la importación de braceros contratados. Esta disposición constitucional no ha movido los resortes de tu espíritu; en cambio tus odios ven en la obra de dominicanización fronteriza ideada y ejecutada por el Presidente Trujillo labor imperialista y desquiciadora de la convivencia de los dos pueblos en la isla.

Cuba cierra las puertas a la inmigración envilecedora, pero cuenta para hacer efectiva su disposición constitucional con la ayuda material de las aguas del océano y con el patriotismo unánime de los cubanos, quienes en ninguna época se han agrupado, como lo hacen tú y tus compañeros, para empequeñecer la suerte y los destinos de su país. Nosotros, que no podemos escindir la isla en dos, para defendernos de aquella inmigración que los cubanos, sin tu protesta, califican de tal modo (art. 76 de la Constitución de 1940) tenemos que construir con nuestras propias entrañas en la frontera la muralla de intereses sociales, económicos y políticos que nos coloque a resguardo del envilecimiento que todos los países civilizados de la tierra mantienen a raya. Esa es la única finalidad del plan grandioso que ejecuta el Presidente Trujillo en la frontera. Tú por ignorancia o por



mala fe te colocas del lado haitiano para hacer coro contra una natural disposición dominicana de legítima defensa.

Ningún país sobre la tierra ha dedicado sus energías y sus posibilidades a resolver problemas y deficiencias sustanciales de otro. Ahora es cuando, amparados por esa misma concepción que tu invocas en favor de Haití, las potencias barbarizantes del Eje han desatado la espantosa tragedia que hoy contemplamos con la única mira de arrebatarnos a los otros los elementos indispensables al normal desenvolvimiento de su vida. Tus argumentos en favor de nuestros vecinos los usaron ya El Japón para atacar a China, Italia para engullirse a Etiopía y Alemania para tragarse a Europa.

Se necesita en verdad haber perdido toda noción de dominicanidad para afirmar como tu afirma “que el pueblo dominicano y el pueblo haitiano han vivido desde el Descubrimiento hasta hoy —o desde que se formaron a la fecha— igualmente sometidos”. Para decir semejante cosa precisa que tu conciencia se haya nublado hasta la traición. Si tu quieres igualar los orígenes hispanos, cristianos y católicos del pueblo dominicano con el sentimiento fetichista y esclavizante de las masas haitianas estás con ello subvirtiendo los más recónditos fundamentos de la sociología dominicana: nuestra historia y nuestra tradición. Esa mentira no te la perdonarán jamás las cien generaciones dominicanas sacrificadas por el suelo que a tí te dió libertad y dignidad de ciudadano.

Emilio Rodríguez Demorizi

Héctor Incháustegui Cabral

Ramón Marrero Aristy.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

**COMUNICADO QUE EL DIA 9 DE SEPTIEMBRE DEL 1941
PUBLICO EL DEPARTAMENTO DE LO INTERIOR DE LA
REPUBLICA DE HAITI.**

“Los Ministros Noel y Rouzier han regresado de su misión en el Norte. Del informe preliminar hecho al Presidente Lescot resulta que ellos han comprobado la existencia de verdaderas bandas de merodeadores, que, después de haber sustraído animales en territorio dominicano, vienen a venderlos en Haití, lo que provoca, a menudo, serios incidentes entre estos merodeadores y los haiteros que defienden sus bienes. Estos hechos son intolerables, tanto más cuanto que se ha revelado que ellos son, en su mayor parte, provocados por individuos interesados en crear fricciones entre los dos Gobiernos, a tal punto, que algunos de ellos, que no están domiciliados en la región donde residían, se han fugado desde la llegada de las autoridades haitianas. En consecuencia, el Presidente Lescot ha dado instrucciones formales para que todo el peso de las leyes penales sea empleado por las autoridades militares haitianas en perfecto acuerdo con las autoridades militares de la República Dominicana, con el objeto de poner fin a las actividades nefastas de estos vagabundos. La Policía está en guardia y las buenas relaciones existentes actualmente entre los dos Jefes de las dos Repúblicas no serán alteradas”.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia